

Setiembre 9 de 1862.

Camino de Maravatío.

Llegamos á *Ixtlahuaca*, pueblo de alguna consideracion de las inmediaciones de Toluca, con solo una iglesia en donde reside el cura. La apariencia del lugar es triste, como la de la mayor parte de los pueblos del Estado de México, con unas cuantas calles irregulares y algunas pocas casas de regular apariencia.

El carruage se situó, mientras remudaba los tiros, en un ángulo de la plaza frente á una tienda.

En este lugar se apearon los pasajeros, quedándose en el pueblo la mayor

parte de ellos, incluso un cleriguillo que antes venia entre nosotros hecho un etcetera, sin hablar ni manifestar grandes pretenciones; pero tan luego como se vió rodeado de pobres indios que le besaban la mano y le rendian mil respetuosas consideraciones, se puso mas anchó que un pavo real, y ya no se dignó mirarnos, pero ni siquiera despedirse de nosotros. ¡Oh cuánto puede la vanidad!

Algunos compañeros y yo nos aproximamos á la tienda en la que se servian desayunos y tomé un posillo de chocolate, que bien lo apetecia por haber trasnochado la noche anterior y, acto continuo, seguí mi camino acompañado de un viejo comerciante español que se dirigia á San Felipe del Obraje.

Como solamente ibamos los dos en el coche y los movimientos de trepidacion y oscilacion eran frecuentes, nos haciamos mutuamente mil caravanas y, algunas veces, creí sentir en mi mejilla los á-peros lábios del honrado peninsular.

Se apeó mi hombre frente al pueblo de su destino, para donde se dirigió inmediatamente, y ahí me tienes á mí solo hecho bóla en globo de lotería, que tan pronto daba un frentazo, como tocaba la testera con el occipital; unas veces asomaba involuntariamente á una de las portezuelas y, cuândo menos lo esperaba, asomaba á la otra. ¿Sería acaso porque experimentaba vehementes deseos de ver el paisaje espléndido que se extendía á mi vista? No lo sé; porque en este juego no tenia parte mi voluntad.

Llegó el carruagè á la línea divisoria entre el Estado de México y Michoacan y aquí comienza mi sorpresa al ver como se desarrolla la poderosa vegetacion y se extienden dilatados é imponentes las perspectivas de una naturaleza nueva á mis ojos y rica en toda clase de producciones.

Mi pluma no puede describirte, María, las maravillas de que por segunda vez en mi vida me veo rodeado. La descripcion que intentara hacerte seria

pálida y sin color. Los inmortales escritores Victor Hugo, Eugenio Sué y Dumas, te podrian dar una idea más aproximada con su valiente pluma; pero yo..... Mas es preciso cumplirte mi palabra y, con bastante timidez bosquejaré á grandes trazos una naturaleza que abrumba el alma de estupor y la llena de ideas grandes y sublimes.

Entramos, pues, al Puerto de Medina, y comenzaron á extenderse á mi vista los inmensos horizontes: su vasta extension está interrumpida de una muchedumbre de montañas de líneas grandiosas y severas que, á manera de ejércitos en batalla, levantan sus soberbias cabezas que casi tocan á las nubes.

Algunas de estas elevaciones, ondulan en su base con direcciones caprichosas, formando su pié las irregularidades de un mapa mundi, desde donde se extienden dilatadísimas campiñas, en las que se miran los colores del iris combinados con arte y armonía. Ya es un ángulo recto del espacio de dos ó tres leguas sembrado de una florecilla,

que llaman Mirasol, cuyo color carmesí laqueño, semeja un campo regado de laca rosa de color jugoso y rico; ya es un ángulo rectilíneo de un amarillo dorado que, ó está recortado en sus extremos, ó se degrada indefinidamente al carmesí del Mirasol; ya es un rombo ó un pentágono de una florecilla morada que extiende agradable su romántico color también á una distancia enorme; ó ya, en fin, es otro ángulo de forma caprichosa, formado de una florecita que semeja la espuela de caballero y ésta parece que reproduce como en un lago, el límpido azul del firmamento. Estos colores, con la infinita variedad de verdes que tienen á su lado, me parecían un mosaico.

Yo no habia visto jamás ornato igual en la naturaleza que conocia, ni tal lujo de vegetacion, incluyendo la que nos reproducen los mil cuadros de paisage de las distintas regiones de los continentes asiático y europeo.

Algunas veces perdiamos de vista estos valles pintorescos porque entrá-

bamos rápidamente á una hondonada, donde nos veíamos rodeados de una infinidad de montañas elevadísimas que se sucedían como las gradas de una escalinata, cubiertas de una vegetacion exuberante y coronadas, ó bien ceñidas por su base, de espesos bosques de encina, madroños y robles gigantescos, besando su pié grandes valles que se perdían en lontananza.

Para darte una pequeña idea de estos lugares que acabo de describir, recuerda el llano de Salazar en el monte de las Cruces ó aquel trozo de panorama que se mira bajando la cima del monte, que denominan la fábrica, desde donde se descubre una pequeña parte de la cúspide del nevado de Toluca. ¡Oh! estos dos trozos, apénas remedan algo de la grandiosidad y belleza imponente de esos lugares que vengo describiendo.

¿Sabes la impresion que me causó ver estos montes gigantescos con sus valles y sus bosques, trayendo á la imaginación los lugares de las Cruces que

te he puestó por modelo? Pues me pareció salir de una pequeña casa, cuyos techos se tocan con la cabeza y entrar acto continuo á un palacio con grandes salones y espaciosas galerías, decoradas con lo mas bello y rico que puede producir la arquitectura.

Acaso te reirás de la comparacion porque la creas exagerada ipaciencia! Desearia, para que no lo creas así, verte viajando por esos lugares incomparables, y te aseguro, que pasarias como yo, de sorpresa en sorpresa, admirando á cada paso, nuevas y mas espléndidas maravillas.

Algunas veces que saliamos de una hondonada, se presentaban grandes grupos de corpulentas encinas mezcladas con la Haya y otros arbustos desconocidos, formando esta masa cerrada de vegetacion un primer término, sucediéndose otros y otros cortados casi siempre por planos horizontales de un verde dorado ó líneas que armonizaba con el negrusco severo de las encinas, contrastando algunas veces con un cú-

mulo de blancas nubes y otras envolviéndose los términos lejanos con el vapor de la atmósfera azulada. Esta perspectiva, por la tarde, parecia vista á través de un vidrio color de fuego.

¡Oh! cuando seguíamos á nuestros costados la cadena de montañas, por una elevacion de terreno, ó por otro accidente en que el camino describiera círculos concéntricos caracoleando, se nos presentaban por entre los huecos del bosque ó huecos de las montañas, nuevos panoramas, paisages diferentes, como si un hábil maquinista pasara con rapidez las decoraciones de un escenario.

Extrañarás, María, que la descripción que te hago de este lugar encantado sea sin órden; pero te aseguro, que cada trozo, cada episodio, merece una mencion particular, y no adivino de que otra manera se podria formar un todo cuyas partes guardaran entre sí perfecta unidad. Yo desisto ya de la empresa y, aunque no quieras, te debes conformar con lo que he apuntado, su-

pliendo con la imaginacion lo que se me queda en el tintero.

Llegamos á la hacienda de Tepetongo á las cuatro de la tarde: se remudó el tiro y partimos rápidos, entrando á poco á los terrenos de la hacienda de Pomoca, que perteneció al malogrado é infortunado mártir de la libertad D. Melchor Ocampo. No te puedo dar una idea del interior de esa finca, porque solo pasé por su frente, que me pareció de agradable aspecto, revelando el orden y aseo del interior. Las paredes de la fachada, están blanqueadas con esmero; el zahuan es rasgado y las ventanas cubiertas con persianas verdes, extendiéndose á su frente un cuadrilongo extenso con flores, chopos y fresnos bien cultivados.

Desde luego anuncia este conjunto, el buen gusto y cultura del grande hombre, del habitante civilizado, que se separa de la línea de los demás propietarios que marcan el sello de su rusticidad y abandono en sus fincas.

La naturaleza continua rica y exhu-

berante en el resto que seguimos de camino hasta Maravatío, donde llegamos á las ocho y media de la noche á causa de lo muy fragoso del terreno.

Antes de concluir esta carta, no debo pasar en silencio un incidente que me chocó algo y son de aquellas circunstancias que le pasan á uno cuando viaja y todo lo vé con el prisma de la novedad.

Recordarás que te dije viajaba solo en el coche hasta mas allá de San Felipe del Obrage; pues bien, poco más adelante montó un individuo jóven todavía, bastante alto, de pantalon y chaqueta negros y sombrero de copa boleadada y lorenzana por detrás, que todo junto le daba un aspecto de yankee y yo al pronto por tal lo juzgué. Por sus maneras y conversacion, me pareció uno de esos entes excepcionales cuya patria es el mundo y su hogar el primero que encuentran ó á veces el cielo razo, sin más patrimonio para vivir, que la industria en asimilarse con las personas que hallan al paso ó algun

otro recurso, que á la mirada del observador, está siempre cubierto con un velo impenetrable.

Contaba este individuo, que venia del ejército de Oriente y allí habia dejado á un hermano oficial: me contó algunas hazañas personales así como que lo ligaban relaciones de familia y amistad con algunos personajes de su posicion; esta circunstancia me lo presentaba más singular ó más misterioso por su traza y su modo de viajar clandestino; porque se habia entendido con el cochero de la Diligencia, pagándole módicamente su asiento, el que abandonó á las inmediaciones de Maravatío por temor de que la administracion de la casa notare la supercheria del conductor.

Hacia largo rato que llegué á la posada, cuando se me presentó este ente singular con las manos en el bolsillo; yo le ofrecí se hospedara en mi compañía; pero me manifestó, que el alquiler era superior á sus facultades y que iba á buscar donde dormir. No sé, finalmente donde lo verificó; el caso es que

á otro dia lo divisé en la extremidad del camino que sale para Acámbaro, esperando al coche: habló algunas palabras con el cochero, la Diligencia siguió adelate y él se quedó. ¿Dónde pasaria la noche anterior, sin cama donde dormir ni una frazada con que cubrirse? ¿Cómo pasaria las noches siguientes y los dias que debia esperar la vuelta del coche, con tan poco dinero como tenia, segun él mismo dijo, y que seguia su ruta hasta Morelia?

Dios lo sabe.

Como dije antes, me instalé en la posada de la casa de Diligencias, que en esta poblacion es de pobre apariencia; busqué al criado que me sirvió una cena; en seguida me abandoné á un sueño reparador, del que me despertó el mismo criado á las siete de la mañana, que era la hora en que debia partir el coche.

Pero se alarga demasiado esta carta, y me propongo hablarte de Maravatío en la siguiente:

Adios, María, consérvate feliz.